

Prometeo, la esclavitud y la globalización

Albert Dago Dadie

UNIVERSITÉ FÉLIX HOUPHOUËT-BOIGNY D'ABIDJAN
COSTA DE MARFIL
albertdagodadie@yahoo.fr

Resumen

El mito de Prometeo es la expresión simbólica de la ruptura entre esoterismo, ciencia y la responsabilidad individual. África, que no pudo valorar la responsabilidad y la iniciativa personal, conoció la esclavitud y la colonización. En la era de la globalización, los africanos deben encontrar soluciones para desarrollar el saber científico, elaborar nuevos marcos dinámicos para producir un estado democrático propio y aportar su originalidad, si no quieren condenarse a las eternas labores de Sísifo.

Palabras clave: Mito de Prometeo, Esclavitud, Globalización, Mito de Sísifo, Neoliberalismo.

Prometheus, Slavery and Globalization

Abstract

The myth of Prometheus is the symbolic expression of the rupture between esotericism and science and of personal responsibility. Africa, which failed to value responsibility and personal initiative, has endured slavery and colonization. In the era of globalization, Africans should find solutions to develop scientific knowledge and elaborate new dynamic frameworks to create their own democratic State and offer their originality if they don't want to be sentenced to timeless Sisyphian works.

Keywords: Myth of Prometheus, Slavery, Globalization, Myth of Sisyphus, Neoliberalism.

1. Introducción

Los encuentros históricos entre África negra y Europa quedaron olvidados en las cadenas de la trata negrera y de la colonización. La actual era de mundialización está siendo una fuente de desesperación y miseria. Sin embargo, los africanos sueñan con la emergencia y el triunfo de los derechos humanos.

Un estudio dialéctico de la historia de las civilizaciones permite darse cuenta de que la ciencia y las técnicas se desarrollaron cuando se rompió con lo irracional. Para los egipcios, la ciencia era un “arte” piramidal y hermético concebido como mediación entre hombres y dioses. El saber egipcio se encerró así en un callejón sin salida, porque el progreso triunfó siempre donde los intelectuales se comportaron como las ocas del capitolio. Las sociedades europeas que reservaron un lugar preponderante a sus intelectuales fueron las que precedieron a las demás en el camino del progreso humano.

2. Prometeo y el progreso humano

2.1. El mito de Prometeo

Prometeo se atrevió a robar el fuego reservado a los dioses y Júpiter lo condenó a ver su hígado devorado por un águila. Sísifo, cuyo mito forma un conjunto con el de Prometeo, provocó también la ira de los dioses por haber capturado a Tánatos, lo que hizo desaparecer la muerte de la tierra. Júpiter liberó a Tánatos y permitió que siguiera ejerciendo sus funestas funciones. Primera víctima de Tánatos, Sísifo fue condenado a rodar eternamente un enorme peñasco (Hacquard, 1976: 206).

El mito de Prometeo es la expresión simbólica de la ruptura entre esoterismo y ciencia. Los griegos desacralizaron los conocimientos egipcios y los pusieron a la disposición de todos en el *ágora*. El enfrentamiento de Sísifo con la muerte simboliza la lucha entre la ignorancia y el saber. Los dos mitos nos enseñan que la ciencia y la técnica solo son posibles donde hay libertad.

La rebelión luterana fue la primavera de una nueva era. Como ruptura, el cisma protestante contribuyó al desarrollo de la ciencia y de la potencia política y militar de Europa. En cuanto a África, su retraso se debe a que no logró romper con el esoterismo.

Egipto, vencido por Alejandro Magno, quebró como sociedad y dejó sus conocimientos en manos de los vencedores. África parecía la más indicada para ser la cuna del brote de la ciencia y la técnica, pero en el continente

negro se había perpetuado la tradición egipcia de esoterismo, lo cual hizo vegetar los conocimientos en las sociedades iniciáticas. Muchos detentores del saber, sorprendidos por la muerte, no tuvieron tiempo para transmitir todo lo que sabían.

2.2. Concepciones filosóficas del hombre y progreso

Las migraciones indoeuropeas llegaron a conquistar y explotar el planeta. Los helénicos, rama de la familia indoeuropea, impusieron un tipo de sociedad fundamentada en la explotación de la propiedad individual, la apropiación de la naturaleza y el desarrollo de las técnicas (Bosschère, 1975).

El fenómeno indoeuropeo es importante porque es el principio de una evolución binaria del mundo que siguió incrementándose. Los griegos consideraban al hombre como una persona, es decir como un ser en sí y para sí, con valor absoluto. La persona iba más allá de la apariencia física: era inviolable. Más o menos virtual entre los griegos, el concepto de persona se concretó mejor entre los romanos y los pueblos romanizados. El hombre-persona se volvió un ser libre con preocupaciones muy personales.

A partir del siglo XVIII, los humanistas percibieron al hombre como un sujeto que no podía reducirse a la individualidad física, porque tenía una voluntad autónoma que lo ascendía por encima de la condición animal. Así pues, es una conciencia muy elevada de la responsabilidad individual la que favoreció el progreso y el acceso a la técnica (Bosschère, 1975). El hombre capaz de responder individualmente por sus actos, toma conciencia de lo serio de la vida. La afirmación de la primacía del individuo sobre el grupo se presentó como una transformación ideológica de gran importancia.

Para la visión comunitaria, el hombre en sí no tiene valor propio. El individuo se ve sometido a la ley del grupo; sus bienes y su vida están al servicio de la comunidad. Se somete no a su propia voluntad sino a la del grupo.

En la leyenda baulé de Costa de Marfil, el brujo pide el sacrificio del individuo más precioso de la tribu para salvar al conjunto del ahogamiento en el río Comoé. La reina Abla Pokú debe sacrificar a su único hijo para que viva el grupo. Así, "*Ba uli*", "el niño ha muerto" se adoptó como nombre de la nueva comunidad.

En las comunidades africanas, el "nosotros" precede al "yo". La presencia entrometida del grupo hace que el individuo no sea responsable. Cuando se presentan dificultades, su tendencia natural es contar con los demás. Así, se instala una mentalidad de asistido (Ngoupandé, 1994).

En la historia de las civilizaciones, el progreso descansa en la valorización de la responsabilidad y de la iniciativa individual. La filosofía del hombre y de su porvenir determinó la evolución de las ciencias y de las técnicas en las sociedades más desarrolladas.

2.3. Los derechos de la persona en África

En el día a día de los pueblos africanos, la guerra se había convertido en una actividad permanente, porque cada pueblo debía vivir a costa del vecino. El contexto era tal que sobrevivir era imposible para un hombre aislado.

El rechazo del aislamiento por parte de los africanos no era una simple actitud filosófica, sino la consecuencia de una adaptación a las realidades del terrero. Una comunidad débil era una víctima fácil para las demás en busca de cautivos.

Un cabeza de familia podía vender a algunos de sus miembros para dar de comer a los demás. Las víctimas de las catástrofes debían reintegrarse en otros grupos para tener una nueva identidad. Algunas veces, la reintegración podía ser dramática ya que las víctimas de la mala suerte podían ser vendidas por las comunidades a quienes pedían asilo (Gueye, 1983:158).

Con la introducción de las armas de fuego, surgió el círculo vicioso de la seguridad. Para obtenerlas, era necesario vender a seres humanos. Las primeras armas de fuego rompieron el equilibrio precario entre las comunidades. Su generalización abrió camino a la trata de esclavos. Tener armas suponía ser capaz de defender su propia autonomía e imponer su supremacía. Siendo los esclavos la contrapartida, la guerra se convirtió en una actividad de supervivencia.

Toda comunidad que no quería desaparecer debía hacer la guerra y comprar armas con la venta de esclavos. Cuando ya no había cautivos se vendía a los suyos propios. Estas ventas “saturnianas” eran posibles porque el hombre no era nada, la comunidad lo era todo. Así pues, las concepciones africanas de la persona explican que los traficantes de esclavos hayan encontrado un terreno favorable para sus actividades.

En la filosofía de la mayoría de las sociedades africanas, ninguna disposición impedía vender al extranjero o al enemigo. Tal filosofía no podía más que favorecer la esclavitud. Sin embargo, se trataba de un fenómeno a escala reducida en el cual el esclavo se integraba en una nueva comunidad. El integrado perdía su nombre. En ciertos casos, la venta de individuos era una manera elegante de deshacerse de los rebeldes o de las personas culpables

de delitos como la brujería, el adulterio o la criminalidad en sociedades que no tenían ni policía ni cárceles (Memel Fotê, 2006: 47).

En las sociedades akan de Ghana y Costa de Marfil, el esclavo no tenía ni nombre ni bienes. El amo era quien daba nombre a sus hijos. El dueño heredaba de los bienes del esclavo como parte integrante de su patrimonio. El esclavo no podía acceder al estatuto de antepasado por no tener derecho a funerales. Los jefes o los ricos siempre recorrían el camino hacia el “país de los antepasados” “acompañados” por esclavos que servían de “sábanas” contra la corrupción del suelo o como “murallas” contra los depredadores y los enemigos del más allá. Pero el poder del propietario no era absoluto más que en teoría. En la realidad, muchas veces no tenía el derecho ni de vender ni de maltratar a sus esclavos (Memel Fotê, 2006: 47).

3. La trata de los esclavos y sus consecuencias

3.1. Esclavitud simbiótica y trata de los esclavos

En África, las causas de la esclavitud eran múltiples: guerra, catástrofes naturales, asesinatos, robos, brujería, imposibilidad de devolver el dinero prestado.

Las categorías de esclavos eran numerosas. El esclavo *encasillado* era más un servidor. No podía separarse de su amo sino en caso de necesidad absoluta. La mayoría de los esclavos eran prisioneros de guerra. Los más valientes de entre ellos podían llegar a ser “esclavos de la corona”, es decir soldados al servicio del palacio. Solo el rey tenía derecho a sancionarlos. En cuanto al esclavo comprado en el mercado, se lo podía vender o matar. Sus principales derechos eran comer, dormir y reproducirse. El único deber del dueño era darle de comer y vestir.

El esclavo ordinario que había estado mucho tiempo en la casa del amo podía manifestar su deseo de casarse. Pero no tenía derecho a elegir su esposa, privilegio exclusivo del dueño. La mujer que se le atribuía no podía considerarla como suya, pues el amo podía quitársela en cualquier momento. Pero si un esclavo ordinario tenía suficiente dinero para casarse con una esclava *encasillada*, esta podía acceder a la categoría de esposa. Trabajaba un tiempo para el amo y otro tiempo por cuenta propia. El dinero ganado podía servir para comprar su libertad o la de sus hijos.

El profesor Memel Fotê (2006) explica que para muchas sociedades africanas, la esclavitud era una decadencia. Al esclavo se le consideraba como un caído cuya humillación se transmitía a su descendencia. Ciertos mitos

explicaban dicha decadencia por alguna mala actitud en una vida anterior. La excomunión constituía la primera caída social por la cual el clan excluía a uno de sus miembros que lo deshonraba por sus delitos y crímenes o penalidades costosas que agotaban los recursos de la familia. El excomulgado era desterrado y vendido.

En estas sociedades, la esencia del hombre descansaba en el antepasado, el nombre y la palabra. El autóctono tenía una relación de fraternidad vital con la flora y la fauna. La tierra pertenecía al autóctono y el autóctono pertenecía a la tierra. Por no tener antepasados, el esclavo no podía ser autóctono, pues no se podía tener derechos sobre tierra extranjera.

Sin nombre propio, el esclavo tampoco podía acceder al poder político. Como, además, no tenía palabra, no podía participar en las deliberaciones. Hablar era más que expresar su libertad, era también inscribirse en la memoria colectiva. Por no estar en posesión de la verdadera palabra, la de los adultos libres, el esclavo no emitía más que palabras "domésticas" parecidas a las de los niños. No tenía la legitimidad necesaria para deliberar en los consejos o tribunales tradicionales.

Visto como un desecho, un excremento, el esclavo no tenía derecho a ser enterrado en el cementerio. Se lo abandonaba a la naturaleza o se inhumaba en fosas superficiales. Se suponía que el cuerpo del esclavo llevaba en sí una impureza funesta para la tierra extranjera que lo acogía. Si se inhumara en tierra extranjera, la población autóctona perdería su fecundidad (Memel Fotê, 2006: 47).

Para las sociedades tradicionales de Costa de Marfil, el derecho a la fecundidad era uno de los derechos fundamentales para el hombre y la mujer (Memel Fotê, 2006: 47). Esta visión podría explicar la presencia de la escisión en ciertas sociedades para las cuales los principios femenino y masculino constituyen la estructura del universo. Como la estructura de los seres humanos respeta la del universo, se debe eliminar la androginia de las mujeres mediante la escisión.

Eran considerados como crímenes los daños a la fecundidad: infanticidios, abortos, negación del matrimonio, divorcios repetidos, que formaban parte de los motivos de excomunión y venta de las mujeres. Las esclavas de Palacio vivían con los reyes. Las más famosas de entre ellas, las amazonas de Dahomey, debían perder su feminidad y parecerse a los hombres soldados, porque los derechos humanos eran androcéntricos en África.

Espías del rey, podían servir también de ofrenda durante los funerales de los grandes personajes. Pero el código del sacrificio imponía que la inmolación de la mujer no fuera tan sangrienta como la de los hombres. Los

procedimientos de su ejecución eran la horca, el veneno o el ser enterrado vivo.

3.2. La trata de los esclavos

La trata fue posible porque la demanda europea creó el mercado. Nació casualmente como consecuencia de la búsqueda de la ruta del oriente. Cuando en 1441 los expedicionarios portugueses Antón Gonçalves y Nuño Tristán llevaron a Lisboa los primeros cautivos africanos, no sabían que iban a ser indirectamente los pioneros del comercio triangular.

En 1443, los portugueses realizaron la primera expedición con fines específicos de trata de esclavos. En 1452, el papa Nicolás V concedió a Don Alfonso V de Portugal el derecho de conquistar y esclavizar a los paganos (Triana y Antoveza, 1997: 25). El negocio no era fácil porque la mayoría de las comunidades africanas se oponían a la esclavización. Para solucionar los problemas planteados con un mínimo de riesgos, se creó todo un sistema de intermediarios.

De Europa partía un barco con un cargamento de artículos manufacturados, permutados con margen de beneficio en la costa africana por negros, los cuales eran conducidos a las plantaciones americanas con otro margen de beneficio, a cambio de un cargamento de productos coloniales llevados de vuelta a Europa con un último margen de ganancia.

Con la trata, la actividad de las sociedades africanas ya no era productiva, ya que la caza al hombre se había vuelto el único trabajo lucrativo, determinando así una verdadera autodestrucción, un verdadero suicidio.

Pero la trata fue posible porque existía en Europa una convergencia entre los intereses económicos y las preocupaciones religiosas. Además, en África, esta práctica encontraba un lugar propicio. La Iglesia Católica estaba interesada materialmente por la empresa, ya que por cada esclavo bautizado en ceremonias colectivas, el celebrante recibía las contribuciones *per cápita*.

Como queda demostrado en Max Weber (2003: 45), la introducción de la idea de provecho individual permitió la emergencia del racionalismo en la producción, fuente principal de la productividad. El racionalismo permitió a Inglaterra inventar el comercio triangular con la ventaja de suprimir los trayectos vacíos, lo que hizo la fortuna de ciudades como Liverpool. Los fondos que contribuyeron a financiar la Revolución Industrial provenían de las “guineas” acuñadas con el oro africano.

La dinámica europea basada en el humillante comercio de esclavos permitió la acumulación de capital inicial que desencadenó la industrialización. No se puede separar la trata del conjunto que constituye el sistema ca-

pitalista. Del negro, ser humano que carecía de significación y personalidad, el capitalismo esperaba el máximo de beneficios. La Iglesia Católica dio una justificación moral al tráfico humano al autorizar el bautizo de los esclavos.

Para la Iglesia, el bautizo era útil para escapar a tres formas de muerte: la tiranía, el canibalismo y el infierno (Memel Fotê, 2006: 47). Con la esclavización, el negro podía acceder a la salvación política porque escapaba a la tiranía; al acceder a la civilización, era salvado por la cultura. En fin, el negro accedía a la salvación escatológica ya que la resurrección se hacía también posible para él. En cuanto al protestante, pensaba que si Dios había ignorado al pagano durante tanto tiempo, era para evitar que este se acercara a él.

Las instituciones cristianas hicieron poco por los esclavos negros a pesar de la crueldad, los abusos y la inhumanidad que se observaban. La jerarquía católica no hizo caso de la bula del papa Gregorio XIII que declaró en 1581 que “Dios no crea esclavos” (Philip, 1995: 23). En estas condiciones, era difícil que se formara una opinión pública para denunciar la situación. A principios del siglo XIX, las exigencias del momento eran otras e iban en contra de la esclavitud. El capitalismo ya no necesitaba mano de obra forzada sino asalariados, es decir consumidores.

El desarrollo del comercio triangular fue facilitado por la desaparición de los grandes imperios. Los movimientos migratorios desorganizados de los pueblos tuvieron como consecuencia la regresión política. Momento traumatizante, la trata fue la mayor tragedia de la historia africana. El fenómeno dislocó la energía vital de los pueblos y el continente negro perdió definitivamente su equilibrio (Tannenbaum, 1968: 24).

Con la extensión de la trata, el deseo de poseer mercancías extranjeras incitaba a los jefes a reforzar las sanciones contra los crímenes. Las culpas aparentemente sin gravedad eran sancionadas severamente. Se llegó de esta forma a destruir pueblos enteros a cuyos habitantes esclavizaron por razones triviales. Los dirigentes africanos utilizaron la esclavitud para conseguir bienes y resaltar su posición. Una pérdida progresiva de legitimidad llevó a la jerarquía africana a la ruina. África se convirtió en una tierra herida, traumatizada, durablemente debilitada.

3.3. Las consecuencias de la trata

La trata desarrolló el sentimiento de miedo que disminuye al hombre. Un hombre que tiene miedo duda de sí mismo. Preocupado por su supervivencia, es incapaz de construir una civilización estable.

Las poblaciones huían para evitar la cautividad. Los cautivos de los raptos eran trasladados a pie hasta los barracones sucios y pestilentes donde

debían aguantar el hambre, las enfermedades y el maltrato. Como para los propietarios de barcos el negro no era un ser humano, los enfermos o heridos que corrían el riesgo de no venderse se tiraban al mar. Para dar más valor a la mercancía, había toda una preparación traumatizante para que llegara a destino en condiciones aceptables para el mercado. Como un animal, para ser de calidad, el esclavo debía tener los dientes completos y de calidad, no dar la impresión de ser bobo ni tener la barriga flaca; tampoco debía ser ciego o tuerto (Aguirre Beltrán, 1946: 137).

A nivel psicológico, la esclavitud se volvió una mancha indeleble en la conciencia colectiva negra. El traumatismo sigue existiendo de manera consciente o inconsciente entre los negros del continente y de la diáspora. La visión que el negro tiene de sí y de los demás, la visión que el mundo exterior tiene de África, han sido profundamente marcadas por la trata. El negro interiorizó el complejo de raza inferior. El delito de semblante, es decir esta posibilidad permanente de hacerse llamar “negro sucio”, produce cierta subjetividad. Como el antisemitismo produce al judío, el racismo antinegro produce al negro subjetivo.

El racismo, esfuerzo sistemático para justificar la desigualdad social, la agresión y la dominación de un grupo presentado como biológicamente inferior, es una consecuencia de la esclavitud. El racismo tiene un significado sociológico. Permite justificar la explotación o la opresión. La situación de esclavo, colonizado o trabajador inmigrado es admisible si los individuos así considerados no son seres humanos.

El capitalismo naciente utilizó la mano de obra negra como si se tratara de ganado. El racismo que lo justificó ejerció una función de diversión ideológica. Los principios de libertad, igualdad y fraternidad no eran para las razas inferiores. Tras la esclavitud, Europa que no dudaba de su superioridad intelectual, económica y militar reunió a 14 países en Berlín en 1884 para imponer a África las cadenas invisibles de la colonización. Se suprimió el comercio de carne humana no por ideales filantrópicos sino por intereses económicos. El negro era ahora más útil en África que en América.

La colonización sorprendió a un África ya exangüe, vaciada de su sabiduría y su alma. Naturalmente, cayó como fruta madura. El *Krachs* de 1872-1873 tuvo como consecuencia el proteccionismo. Constituirse dominios más o menos autárquicos donde la producción metropolitana encontraría las materias primas y unos mercados cautivos, era una idea atractiva. La colonización agravó el miedo y la inseguridad; favoreció la fragmentación territorial; reforzó el capitalismo y la extraversion de las economías africanas.

A mediados del siglo XX, las metrópolis otorgaron la independencia a un África debilitada e insuficientemente preparada; apoyaron a dirigentes

ineptos y corruptos, mantenidos en el poder contra la voluntad de sus pueblos. Los africanos se pusieron a dudar. La duda se transformó en sentimiento de impotencia y en fatalismo, como si ya no creyeran en una solución humana a sus problemas, lo cual explica la proliferación actual y el éxito popular de grupos místicos, profetas y magos. Es la vuelta masiva a lo irracional.

El parasitismo social se ha convertido en una plaga, haciendo de África una cadena de manos tendidas. El pobre del campo o de la ciudad tiende la mano a sus parientes que trabajan, los cuales tienden la mano al Estado, que tiende la mano a la solidaridad internacional. Así se ha instalado y consolidado una mentalidad de eternos socorridos incapaces de hacerse cargo de sí mismos. Muchos viven por encima de sus capacidades porque saben que otros pagarán la cuenta.

Para que el hombre tome conciencia de lo serio de la vida, debe ser individualmente responsable de sus actos. Una sociedad en la cual se echa siempre la culpa a los demás no puede ser más que una sociedad bloqueada. El ordenador está multiplicando varias veces las capacidades del cerebro humano. Se está favoreciendo la aparición de un poder probablemente más absoluto que todo lo que se ha visto en la historia: la globalización.

4. Globalización, recolonización y democracia

La máquina de vapor permitió sustituir al músculo e hizo posible la Revolución Industrial. El objetivo de la revolución informática es reemplazar al cerebro humano (Passet, 2000: 25). Las mutaciones inéditas que lo acompañan están decidiendo el porvenir de cualquier rincón del planeta, ignorando la independencia de los Estados en nombre de la globalización.

4.1. El sistema

Como cualquier interpretación de la historia, la globalización descansa en una concepción del mundo, del hombre y de la sociedad llamada neoliberal. El neoliberalismo es un sistema de ideas, prácticas y organización de la economía basada en las ideas de dos norteamericanos, premios Nobel de economía: Friedrich Von Hayek (1899-1992) y Milton Friedman (1912-2006). El neoliberalismo pretende suprimir la intervención del Estado y de los sindicatos (Musolino, 2007: 55).

Para sus teóricos, la justicia social es un concepto fraudulento y demagógico; el seguro social es inútil y los sindicatos perjudican al público y a los trabajadores; la ayuda al Tercer Mundo es ineficaz y la asistencia social desresponsabiliza a los individuos. El Estado no debe intervenir más que en sectores específicos como la moneda.

El Estado hace perder el sentido de las responsabilidades a los pobres que ya no hacen esfuerzos para mejorar su situación porque están asistidos. Si la pobreza les duele, los pobres tendrán la voluntad de salir de su situación. Cada país debe producir aquello para lo que está más capacitado y ofrecer las mejores condiciones a las transnacionales para que deslocalicen parte de sus actividades. Para ser “rentables”, los países deben transferir al sector privado tareas de interés público (Musolino, 2007: 55).

El dogma neoliberal ha logrado imponer la negación de cualquier idea de solidaridad internacional. La preconizada integración de los mercados cuestiona los modos de socialización y los derechos adquiridos a nivel nacional. El neoliberalismo es inspirado por un formidable egoísmo y una voluntad absoluta de imponer sus visiones a los pueblos de la Tierra. Pero el sistema no es muy coherente, pues no acepta la libertad de circulación e instalación para la mano de obra como lo hace para los capitales. La exigencia intelectual impone que se limiten los flujos de inversiones si no se puede hacer otra cosa que imponer los flujos demográficos. La coherencia impone también que la reducción del papel del Estado se imponga a todos. Pero Estados Unidos ignora las obligaciones externas haciendo pensar que el papel de cada Estado depende de su lugar en la pirámide mundial.

La teoría explicativa de la globalización es una incongruencia teórica y una estafa para con los países pobres en capitales y ricos en demografía. Así, el neoliberalismo es atentatorio a las normas democráticas. Como el SIDA, destruye el sistema inmunitario de sus víctimas con la complicidad de los jenízaros del sistema (Amin, 2005).

El Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización Mundial del Comercio (OMC) constituyen los jenízaros del neoliberalismo. La historia del FMI empezó sin los africanos y todo parece hacerse en contra de ellos. Las principales contribuciones del FMI provienen de las más grandes potencias occidentales. La posición del África es menor y su voz apenas se oye. Para financiar su desarrollo y obtener recursos para asumir sus funciones de soberanía, debe pedir préstamos al FMI.

Pero el dinero prestado y los remedios preconizados no logran curar al enfermo, porque favorecen inversiones improductivas y gastos inoportunos. A las desastrosas condicionalidades económicas, el FMI añade otras políticas como el buen gobierno o el Estado de derecho, haciendo de la miseria de los pobres el precio de la prosperidad de los ricos. Por algo el economista Joseph Tchundjang (2010) tradujo FMI por “Fondo de Miseria Inmediata”.

El Banco Mundial no financia oficialmente más que proyectos productivos para estimular el crecimiento económico. Los criterios no deberían ser más que económicos, pero durante la Guerra Fría, los objetivos del Banco fueron sobre todo estratégicos. Se trataba de favorecer el desarrollo de los países del Tercer Mundo aliados del "Mundo Libre" y posibles murallas contra el peligro de extensión del comunismo. Además, la práctica del Banco es determinada por un concepto totalmente ideológico: el consenso de Washington cuyo objetivo es la privatización del mundo.

El tercer jenízaro, la OMC, quiere instalar un nuevo orden comercial fundamentado en la primacía del derecho internacional. El objetivo es reducir el poder del Estado y del sector público en general. El OMC se presenta como la junta ejecutiva de las transnacionales que gobiernan el mundo.

En los años ochenta, se abrió una nueva era capitalista llamada globalización, es decir extensión a la escala del globo. Todo ocurre como si el tiempo y el espacio hubieran desaparecido a favor de una red de interdependencia. Las legislaciones nacionales se subordinan a los acuerdos internacionales.

Los detentores del saber y del poder mundial dictan sus normas al resto del mundo. El Estado nacional desvitalizado debe desmantelarse de los servicios más esenciales para ser rentable. La política económica se traslada de las naciones al planeta y de lo público a los intereses privados. Las empresas están supeditadas a una lógica de resultados inmediatos que no fomenta el desarrollo.

La prioridad ya no es la inversión pública sino el rigor. En la nueva era, lo que determina la legislación no es la voluntad del pueblo sino el imperativo de adaptación. Poco a poco el dinero se ha convertido en el valor supremo. Pero los pueblos no quieren contentarse con un mundo donde no hay más que dos estatutos: el cero y el infinito.

4.2. Globalización y desarrollo

El brote de la globalización coincide con la fragmentación del Tercer Mundo y la "emergencia" de nuevos países. Con la globalización, los países pobres deberían ahorrar la fase industrial del desarrollo y acceder directamente a las técnicas avanzadas. Las empresas de los países pobres, aprovechando medios de administración más eficaces, deberían abrirse al espacio mundial. En la nueva economía, la palabra clave es la competitividad, la capacidad de producir bienes de mayor calidad y a bajo coste. La nueva empresa funciona en coste global, es decir un coste unitario decreciente.

Países pobres como los africanos tratan de seducir a las transnacionales con su mano de obra barata. Pero, por carecer de la logística necesaria, no

atraen más que a inversionistas interesados por eludir las barreras comerciales de su país de origen o en busca de trabajadores mal pagados, sin libertad sindical reconocida y sin un mínimo de derechos sociales. Instalan empresas “golondrinas” que hacen inversiones amortizadas en uno o dos años antes de largarse hacia destinos más ventajosos sin realizar ninguna transferencia de tecnología.

Algunas firmas intelectuales se reparten la propiedad de las plantas sin las cuales sería difícil abastecer a la población mundial en productos esenciales de alimentación. Además, las inversiones privadas no sirven para financiar estrategias de desarrollo a largo plazo. La mayoría de los países subdesarrollados se ven excluidos del mercado de capitales por insolvencia. El control de identidad rechaza a los extranjeros en situación irregular, lo cual perjudica el derecho de libre circulación y constituye una invitación al racismo. El buen funcionamiento del sistema descansa en la desdicha del hombre. Los costos sociales son considerables: pobreza, precariedad, penuria y enfermedades.

Después de la crisis del petróleo en 1973, los bancos occidentales tenían muchos petrodólares y los países industriales querían estimular sus exportaciones. Los países ricos incitaron a los pobres a endeudarse por los tipos de interés. Cuando las instituciones de *Bretton Woods* se dieron cuenta de que los países pobres no podían pagar sus deudas, impusieron planes de ajuste estructural (PAE) en los años ochenta.

El FMI que decía haber constatado que los países del sur eran pobres porque no ahorran, decidió enriquecerlos reduciendo su deuda por un crecimiento acelerado, capaz de acabar con la pobreza y mejorar la estructura económica (Musolino, 2007). Los países que aceptaron las prescripciones del FMI no conocieron el crecimiento, o cuando lo conocieron fue un crecimiento empobrecedor.

En efecto, reducir el modo de vida del Estado significaba hacerlo incapaz de suministrar lo mínimo a sus poblaciones. Los indicadores que debían ser la prueba de las medicinas del “Doctor FMI” se deterioraron. La reducción del personal del Estado y de los salarios bloqueó el poder de compra y de consumo. Reducidos drásticamente los medios de intervención del Estado, no hubo otra alternativa que sacrificar al servicio de la deuda la formación de un capital productivo y la edificación de infraestructuras como bases de cualquier desarrollo.

La apertura al mercado mundial significó la reducción de las barreras, lo que multiplicó las importaciones, hizo perder divisas y destruyó el embrionario sistema industrial de los países. Así, los Estados perdieron su

influencia sobre los sistemas económicos extravertidos y desorganizados. El África de hoy sueña con la emergencia, pero donde fue posible, la emergencia no pudo hacerse sin una fase inicial de inversión pública y ayuda internacional, progresivamente sustituidas por la inversión privada.

Esto es suficiente para demostrar lo absurdo de las políticas que privilegian los equilibrios financieros de corto plazo en detrimento de realidades más profundas. Es la prueba de que lo esencial no es reclamar menos Estado sino más bien un Estado preocupado por el interés público, capaz de concebir y realizar las inversiones básicas. En general, los planes de ajuste estructural han favorecido la colonización económica de África.

Una vez salidos oficialmente de la colonización, los africanos se enfrentaron al urgente problema del desarrollo que la colonización no había resuelto. Donde se necesitaban hombres de la historia, no aparecieron más que mediocres equilibristas de cuentas satisfechos de sí y de su ciencia.

El imperativo de supervivencia sigue dominando los comportamientos. Los profesionales están desempleados, expatriados o "aparcados" en una función pública en bancarota. La corrupción, el mal gobierno y las dictaduras hicieron pensar que las independencias eran un callejón sin salida.

En el África del tercer milenio, prosperan iglesias, templos, mezquitas, sectas, profetas y grupos místicos. La vuelta a lo irracional es peligrosa en un momento en que los "*chicago boys*" quieren privatizar todo después de transformar los Estados africanos en protectorados del FMI y del Banco Mundial.

A pesar de no poder decir que la política de ajuste estructural es directamente responsable de la situación catastrófica de los países africanos, es posible afirmar que la brutal imposición de planes de ajuste estructural, por haber provocado un gran deterioro de los términos de cambio, acarrió el empobrecimiento de la población.

Las consecuencias de los PAE constituyen el fermento de las exacerbaciones sociopolíticas. La nueva situación tuvo costos sociales considerables. La ayuda al desarrollo disminuyó y en el panorama de las grandes ciudades la "villa miseria" se volvió una inscripción espacial de la desigualdad.

Todos los trastornos que conoció Costa de Marfil entre 1999 y 2011 no son más que repercusiones del PAE impuesto al país. La desorganización debida al ajuste creó cierta esquizofrenia, fuente de miseria psicológica, material y social. Antropológicamente, el africano no estaba preparado para llevar la vida que se le imponía.

4.3. Globalización y democracia

Los africanos nunca han sido dueños de su destino. El continente pasó de la trata negrera a la colonización, y de la independencia a la “democracia” sin cambio fundamental. Esto fue posible porque al irse del continente, los colonizadores dejaron la dirección de los nuevos Estados a los elementos capaces de perennizar los pactos coloniales.

Las independencias africanas se hicieron en plena Guerra Fría. El riesgo era grande de que se dejara al “lobo comunista” alguna posibilidad de entrar en el *back yard* occidental. La democracia, expresión de la madurez de un pueblo soberano, no convenía a los africanos. El partido único podía ser la garantía de la unidad nacional en países con tantas etnias. El hallazgo favoreció el déficit democrático, la miseria de las poblaciones y los conflictos internos. El continente seguía siendo una fuente de materias primas, un mercado cautivo para los productos de las industrias occidentales y un aliado estratégico en las negociaciones internacionales.

El fracaso del “socialismo real” hizo posible la caída del Muro de Berlín, y significó el agotamiento de las tentativas dirigistas capaces de debilitar el monopolio ideológico del liberalismo. Se obligó a los africanos a ser “demócratas”. Esta solución de emergencia fue aceptada por pocos dirigentes y los gobiernos refractarios dieron al proceso un aspecto de guerra privada que muchas veces se transformó en guerra civil. Tal democracia no podía ser más que una farsa trágica y una práctica irrisoria. Lo que hacía ganar las elecciones presidenciales no era el voto popular sino la protección de un padrino extranjero capaz de ejercer un nuevo derecho llamado “derecho de injerencia democrática”.

Es la consecuencia de una evolución reciente del derecho que tiende a limitar la razón de Estado, poniendo en relación el derecho y la democracia a través de la noción de “Estado de Derecho”. Al principio, se quería hacer admitir el derecho de socorrer a las víctimas de las guerras y de las catástrofes naturales forzando a los Estados a aceptar la ayuda para las poblaciones siniestradas.

La injerencia no debía ser más que humanitaria sin amenazar la soberanía de los países ayudados. En una segunda etapa, se quiso proteger a los voluntarios de las organizaciones humanitarias por las armas. Al final, se justificaron los ataques militares por la situación humanitaria. Y así, los occidentales se atribuyeron, en nombre de la democracia, un derecho incompatible con el espíritu democrático.

¿Cómo se puede promover la dignidad de personas a quienes no se deja ninguna posibilidad de decidir su destino? Como dice Tzevetan

Todorov (2003: 31-32), si se impone la libertad a los demás se les somete, si se les impone la igualdad se les juzga inferiores. Los líderes occidentales que se creen responsables del porvenir de África aportan la democracia y la civilización con sus bombas y sus ametralladoras. Así es como se ha institucionalizado la democracia de los cañones.

Cuando fracasan las negociaciones, la Comunidad Internacional no vacila en armar rebeldes y bombardear las sedes de las instituciones nacionales como ocurrió en Costa de Marfil. La Comunidad Internacional combate con los rebeldes cuando se supone que solo las fuerzas regulares son las que tienen el monopolio de la violencia legítima, en nombre del Estado.

El Consejo de Seguridad autoriza expediciones punitivas como si fuera legítimo imponer a un país libre y democrático quién debe ser jefe de Estado. ¿De quién deben los dirigentes africanos tener la legitimidad? ¿De la Comunidad Internacional o del pueblo?

En la actual era de la informática, el Occidente ha construido programas de democracia que quiere instalar a toda costa porque según su opinión, el voto en África no vale más que cuando complace a los detentores de la buena conciencia africana. Cuando el voto no conviene, llegan los bombarderos para rectificar el voto popular.

¿Tiene la ONU un mandato para certificar las elecciones como ocurrió en Costa de Marfil en 2010? ¿No significa la certificación que no se reconocen las instituciones que los países se han dado libremente? ¿Significaría la globalización el secuestro de África por la Comunidad Internacional?

Los valores democráticos y los derechos humanos son universales. Pero obligar a un país a seguir un camino que no ha elegido libremente es otra forma de dictadura. Como durante la trata negra y la colonización, los occidentales siguen ignorando los derechos de los pueblos y sus tradiciones. En pleno siglo XXI, siguen pensando que tienen una misión de “evangelización” democrática. El objetivo es instalar a la cabeza de los Estados africanos hombres que deben todo a la “Comunidad Internacional” y que facilitarán el acceso preferencial a los recursos africanos.

La ausencia de Estado es peor que un Estado malo. En países como Libia o Irak, la arbitrariedad de todos ha reemplazado la de unos pocos. Después de siglos de opresión, los países africanos siguen experimentando la tragedia de la opresión y del desprecio arrogante del Occidente.

5. Conclusiones

El retraso de África se debe a que no ha podido romper con el esoterismo, valorizar la responsabilidad y la iniciativa individual. Cuando se

presentan dificultades, la tendencia natural es contar con los demás. Si bien la trata negrera no se puede separar del sistema capitalista, son las concepciones africanas del hombre las que la favorecieron. El África se convirtió en una tierra herida, traumatizada, durablemente debilitada. La trata funcionó como un genocidio que arruinó toda una raza. Un análisis dialéctico de la historia del África desemboca en la conclusión de que el destino del continente fue fuertemente marcado por la esclavitud y la colonización.

En esta era de globalización, el derecho de injerencia ha favorecido “democraturas”, es decir regímenes en los cuales el dedo del jefe indica el camino a seguir, regímenes que amañan elecciones y favorecen el éxodo masivo de poblaciones. Siendo la globalización y el progreso técnico procesos irreversibles, los africanos deben ser conscientes de sus propias insuficiencias. Se debe romper con el formalismo y reevaluar el optimismo plácido de la “emergencia”, verdadero *leitmotiv* para muchos países africanos en la actualidad. No habrá emergencia si África no encuentra una solución a los problemas planteados por el desarrollo del saber científico. Los investigadores africanos deben elaborar nuevos marcos analíticos que permitan comprender mejor las dinámicas que atraviesan el continente.

El África del siglo XXI tiene la responsabilidad de producir su propio modelo de Estado democrático para inscribir su originalidad en la globalización. Si el continente sigue ignorando su peso histórico, sociológico y cultural, se condena a eternos trabajos de Sísifo sin resultado visible.

Referencias

- Amin, Samir (2005). *Le virus libéral, La guerre permanente et l'américanisation du monde*. Paris: Le Temps des Cerises.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo (1946). *La población negra de México, 1519-1810: Estudio Etno-histórico*. México: Fondo de cultura económica.
- Boschère, Guy de (1975). *Le tiers monde*. Paris: Seghers.
- Gueye, Mbaye (1983). *L'Afrique et l'esclavage, une étude sur la traite négrière*. Paris : L'harmattan.
- Hacquard, Georges (1976). *Guide mythologique de la Grèce et de Rome*. Paris: Hachette.
- Memel-Fotê, Harris (2006). *Esclavage, traite et droits de l'homme en Côte d'Ivoire de l'époque précoloniale à nos jours*. Abidjan: CERAP.
- Musolino, Michel (2007). *L'économie pour les nuls*. Paris : Edition First.
- Ngoupandé, Jean Paul (1994). *Racines historiques de la crise africaine*. Abidjan: AD éditions.
- Passet, René (2000). *L'illusion Néolibérale*. Paris: Flammarion.

- Philip, Jacqueline (1995). *L'esclavage à Cuba au XIX^e siècle d'après les documents de l'Archive Historique Nationale de Madrid*. Paris: L'harmattan.
- Tannenbaum, Frank (1968). *El negro en las Américas. Esclavo y ciudadano*. Buenos Aires: Paidós.
- Tchundjang Pouemi, Joseph (2000, juillet). *Le Monde diplomatique*. Paris
- Todorov, Tzevetan (2003). *Le nouveau désordre mondial, réflexions d'un européen*. Paris: Robert Laffont.
- Triana y Antorveza, Humberto (1997). *Léxico documentado para la historia del negro en América (Siglos XV-XIX) Tomo 1*. Bogotá: Santa Fe de Bogotá.
- Weber, Max (2003). *L'Éthique protestante et l'esprit du capitalisme*. Paris : Gallimard.

